

YOKO OGAWA

Lecturas de los rehenes



Lecturas de los rehenes

COLECCIÓN
LITERADURA

Yoko Ogawa

Lecturas de los rehenes

Traducción de Juan Francisco González Sánchez



Primera edición: septiembre de 2016

Título original: *Hitojichi no Rôdokukai* (2011)

© Yoko Ogawa, 2011, 2016

Edición original japonesa publicada en 2011 por Chuokoron-Shinsha, Inc., Tokio.

Derechos de traducción acordados con Yoko Ogawa

a través del Japan Foreign-Rights Centre y Ute Körner Literary Agent, S. L.

www.uklitag.com

© de la traducción: Juan Francisco González Sánchez, 2016

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2016

c/ Flamenco, 26 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-945526-4-9

Dep. Legal: M-27056-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *La cabaña de los rehenes*

Producción gráfica: GOHEGRAF

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Lecturas de los rehenes

DE UN LUGAR SITUADO en las antípodas del planeta, y cuyo nombre era poco menos que impronunciable, llegaron las dramáticas noticias.

«A las cuatro y media de la tarde, hora local, el microbús en el que viajaban los siete participantes de una excursión organizada por la agencia de viajes W, más el guía y el conductor, natural de allí —nueve personas en total—, fue abordado cuando regresaba a la capital, tras haber realizado una visita turística a unas ruinas históricas, por un grupo terrorista antigubernamental. A excepción del conductor local, las restantes ocho personas fueron secuestradas en el autobús. Por medio de un comunicado, el grupo de secuestradores ha exigido la liberación de todos los miembros presos, además del pago de un rescate. No obstante, hasta el momento no

se ha establecido ningún contacto directo con el mismo, y se desconoce el paradero de los rehenes...»

Así fue el primero de los partes informativos.

El secuestro se llevó a cabo en una región montañosa, a dos mil metros de altitud, con carreteras en mal estado y pueblos desperdigados que no tenían electricidad y estaban prácticamente incomunicados. Fue el conductor —abandonado en el mismo lugar del secuestro— quien dio a conocer los hechos acaecidos, tras alcanzar una de las poblaciones, portando la nota reivindicativa entregada por los terroristas. Así pues, pasadas tres horas desde el secuestro, cuyas consecuencias más visibles eran un golpe en uno de los pómulos y una fractura en el hombro izquierdo, pudo solicitar ayuda en dicho lugar. En el momento de ser encontrado, tendido frente a la puerta de una de las viviendas del pueblo, había incluso perdido el conocimiento. No obstante, y por fortuna, su vida no corría peligro.

Una vez confirmada la identidad de los turistas secuestrados, el embajador se personó inmediatamente en el lugar y, junto a representantes del Gobierno, ofreció una rueda de prensa. La situación, sin embargo, no tenía visos de resolverse. Las imágenes del lugar del secuestro fueron llegando, y mostraban una carretera de color marrón rojizo que discurría entre raquíticos árboles y en la que se veían marcas de neumáticos como único vestigio del paso del microbús.

Paulatinamente, la información, básicamente las entrevistas al conductor postrado en una cama y los relatos en tono de consternación y preocupación de los familiares, además de ciertos pormenores relativos al grupo terrorista, fue haciéndose más y más escasa. Una vez disipado el impacto inicial del suceso, la sociedad fue dejando a un lado sin compasión, y sin darse cuenta de ello, a aquellas ocho personas retenidas en algún remoto lugar rodeado de montañas al que jamás habían accedido y del que nunca habían oído hablar antes.

Mostrando la máxima consideración hacia los rehenes, y con el criterio de no convertirse en instrumento propagandístico de los terroristas, las negociaciones entre estos y el Gobierno se llevaron a cabo de manera secreta, y las noticias que los medios de comunicación sacaban a la luz llegaban con fuertes restricciones. Teniendo en cuenta esto, era hasta cierto punto comprensible el progresivo desinterés de la opinión pública.

Pasaron dos semanas. Un mes. Incluso llegado el segundo mes, las negociaciones continuaban estancadas, y se extendieron rumores acerca de que cierto líder religioso estaba actuando como mediador y de que la Cruz Roja había podido acercarse para asistir a uno de los rehenes, que había caído enfermo. También se rumoreaba que el dinero para el rescate estaba prácticamente listo. No obstante, nada de todo esto pudo confirmarse.

Transcurridos más de cien días, cuando mucha gente había olvidado por completo el incidente, sucedió el fatal desenlace. Las últimas estrellas brillaban antes del alba a lo largo de la cresta de las montañas, y entonces se produjo el asalto del ejército y del cuerpo de operaciones especiales de la Policía a una antigua cabaña de cazadores, guarida del grupo. La pared del ala oeste fue dinamitada e, inmediatamente, hubo un intercambio de disparos que causó la muerte de los cinco secuestradores y de dos miembros del cuerpo de operaciones especiales, además de once heridos. Tristemente, los ocho rehenes también fallecieron, víctimas de la explosión de un artefacto activado por los terroristas. Tan inesperado desenlace causó un enorme impacto en la opinión pública, que, con infundado optimismo, confiaba en el buen término de las negociaciones secretas y que los rehenes regresaran sanos y salvos a sus casas gracias a estas. La despiadada frustración de tales expectativas dio lugar a acusaciones de negligencia en el *modus operandi* del cuerpo de operaciones especiales y a una fuerte animadversión contra el grupo terrorista, todo ello lastrado por el peso de la sensación de impotencia.

No quedaba nada, por lo que podía verse en las fotos, de la estructura originaria de la antigua cabaña de cazadores. Destrozada por los disparos y las explosiones, era una metáfora de los cuerpos sin vida de los rehenes. El suelo sobre el que estos yacían estaba ennegrecido, húmedo y pegajoso por

la sangre. Los ocho cadáveres no habían quedado desperdigados por el lugar ni, menos aún, despedazados, sino que permanecían los unos al lado de los otros, muy juntos...

Prácticamente no había objeto alguno que hubiera pertenecido a los secuestrados dentro de la cabaña, pero los familiares se percataron de que, grabados en unas tablas esparcidas por el suelo —muchas de ellas rotas en fragmentos y otras quemadas—, había unos textos cuya escritura carecía de continuidad o estaba casi borrada. Se confirmó que habían sido escritos por los rehenes, de su puño y letra. En lo sucesivo, siguieron encontrándose más y más fragmentos con restos de escritura que procedían de los más diversos lugares: tablas de estanterías, fondos de cajones, marcos de ventanas, patas de mesas... Como instrumentos de escritura parecían haber usado tanto agujas de coser como horquillas para el pelo. Los trozos recuperados, no obstante, no eran lo suficientemente abundantes como para reconstruir el contenido y el propósito de los textos. Algunas astillas de madera desenterradas eran como enigmáticas reliquias que atesoraban un silencio infinito y una actitud reverencial y solitaria. Los familiares, desplazados al lugar para incinerar los cuerpos, se llevaron consigo aquellos fragmentos junto a su pecho, con el mismo respeto con que transportaron los huesos.

Transcurridos dos años, las cosas tomaron un cariz inesperado y el suceso volvió a ser comentado entre la opinión pública. Una de las consecuencias que trajo consigo la investigación sobre el grupo terrorista fue que salió a la luz la grabación en cinta magnetofónica de unas escuchas realizadas en la antigua cabaña de cazadores. Los micrófonos subrepticamente instalados en el interior del botiquín, de la purificadora de agua y de los diccionarios introducidos en la cabaña por la Cruz Roja Internacional habían hecho posible tan excepcional testimonio. Aun así, solo salieron a la luz los fragmentos relacionados con los rehenes, aquellos en que podían escucharse sus voces, y nada que tuviera que ver con la operación de rescate del ejército y la policía.

Uno de los miembros de dicho cuerpo de operaciones especiales de la Policía había hecho entrega del material grabado a los familiares, por decisión propia, y en memoria de las víctimas. A través de sus auriculares, este miembro se había encargado de realizar las escuchas, aunque, claro estaba, en lo referente a las partes en que los rehenes hablaban, no había entendido nada.

Ya habían regresado a casa los familiares y todo aquello formaba parte del pasado cuando un periodista radiofónico, interesado en el tema, se puso en contacto con ellos y logró tener acceso a las grabaciones. El periodista no tardó

en captar la profundidad de su contenido y fue enlazando conversación tras conversación. Tras alcanzar un buen grado de confianza con los familiares, estos finalmente le otorgaron permiso para difundir las grabaciones.

Como era lógico, a algunos de ellos les parecía que hacerlo sería una manera de banalizar el asunto, y le pidieron dejar el tema de lado. Sin embargo, también estos acabaron cediendo, convencidos de que las grabaciones eran una oportunidad para que sus seres queridos hicieran su propia y particular aportación al mundo, incluso en esos duros momentos.

La cinta magnetofónica contenía las voces de los ocho rehenes, leyendo el relato que cada uno, respectivamente, había escrito. A falta de papel, habían usado tablas y marcos de ventanas como soporte de escritura. En cualquier caso, ¿cuál sería el motivo que habría acabado llevándoles a la realización de tal actividad? Las narraciones grabadas no lo desvelaban; así que no se podía hacer otra cosa más que especular al respecto. No había duda, al menos, de que aquello no tenía nada que ver con la gravedad de la redacción de un testamento. Podía tal vez inferirse que, a lo largo del dilatado periodo de privación de libertad, había surgido cierta comunicación entre víctimas y verdugos, de modo que el temor de los primeros por sus propias vidas había ido poco a poco disipándose. Durante la lectura de los relatos, de hecho, podía

escuchárseles tanto riendo como llorando. Las lágrimas, no obstante, no eran fruto de la desesperación sino que emanaban de la honda emoción de sentirse vivos.

Al principio, la idea no iba mucho más allá de ser un simple recurso para dar esquinazo al tedio, función que normalmente cumplen los juegos de naipes o el juego de las palabras encadenadas. Así, se trataba simplemente de escribir sobre un recuerdo, fuera el que fuese, y después ponerlo en común por medio de la lectura en voz alta del mismo. No era una charla improvisada a medida que los recuerdos iban llegando, sino que, en primer lugar, y a fin de transmitirlos del modo más adecuado, se plasmaban por escrito. Disponían de todo el tiempo que hubiesen querido para concentrarse en la escritura y, por supuesto, aquello no era una competición entre ellos por la calidad de sus respectivas narraciones. El momento de la escritura requería de ellos tranquilidad para pensar y para afinar sus oídos. No habrían de versar tampoco sus pensamientos sobre el hipotético momento futuro en que serían puestos en libertad. El futuro, viniera en la forma en que viniera, no iba a arrebatárseles el pasado que llevaban consigo en su interior. Este era el que debían de extraer suavemente y ponerlo sobre la palma de la mano, transmitirle el calor necesario y subirlo al barco de las palabras. Debían acercar entonces el oído al sonido del agua producido por el barco, y permitir que la resonancia de sus voces se trasladara

de un lugar familiar a otro distante, donde la única luz era la de una vela envuelta en la frialdad de las paredes de piedra de una casa abandonada. Ni siquiera los secuestradores podían despojarles de aquello.

Así dieron comienzo las lecturas de los rehenes. La audiencia original estuvo constituida por ellos mismos, el secuestrador encargado de custodiarlos y el miembro del cuerpo de operaciones especiales, a través de sus auriculares.

El programa de radio llevó por título «Las lecturas de los rehenes» y fue retransmitido a las diez de la noche durante ocho días, de domingo a domingo. La calidad del audio no era, ni mucho menos, buena, y algunos de los fragmentos apenas se entendían, en parte debido a carraspeos y estornudos, o por errores cometidos al leer. No obstante, se consideró que lo más adecuado era dejar intactas las grabaciones tal y como estaban, sin realizar ningún retoque. A intervalos, se escuchaba de fondo, a modo de contrapunto, el ulular de un autillo.

Primera noche

EL BASTÓN

DE NIÑA VIVÍA ENFRENTA de una herrería, un pequeño taller de barrio regentado por una familia que tenía dos o tres empleados. En la misma calle había una tienda de fotografía, una peluquería, una clínica de otorrinolaringología, una sastrería y una tienda dedicada a la numismática. Tenían todas en común una entrada estrecha, el letrero original y un encomiable orden lleno de quietud, con respecto al cual la atmósfera de la herrería mostraba un fuerte contraste.

La puerta corrediza del taller estaba siempre abierta por completo, de manera que parte de las herramientas de trabajo ocupaba la calle y el ruido era constante durante las horas de trabajo. Planchas y barras de hierro, alambre, yunques, martillos, tornos, ganchos... Mientras fueran cosas duras y pesadas al máximo, todo encontraba un lugar en

aquella herrería cubierta de limaduras de óxido, y donde, independientemente de que fuera por la mañana o por la tarde, siempre parecía de noche.

Me gustaba sentarme en el suelo y hacer garabatos con una tiza blanca mientras observaba la herrería. Con dicho fin, tomaba posesión del sitio más cercano posible desde muy temprano, de modo que mi vista pudiera abarcar cada rincón sin llegar a convertirme en una molestia para los adultos, pasando desapercibida para ellos. Tenía, además, cierta idea infantil de que no era del todo apropiado para una niña mostrar interés en una herrería. Así que siempre simulaba estar divirtiéndome con los dibujos.

No imaginaba yo, en absoluto, que en aquel sitio se fabricaran cosas. El ruido de los martillos que resonaba y hacía vibrar el aire y el grito agónico del hierro al ser cortado me ofrecían una imagen de la herrería como lugar de destrucción: el mundo formaba una unidad elegantemente ordenada que, en aquel lugar y en aquel momento, estaba a punto de ser aniquilada. Delante de mis propias narices comenzaba a producirse, a partir de entonces, el hundimiento del mundo. Los empleados del taller permanecían ajenos, no obstante, a la misión que se les había encomendado, y se limitaban a su lucha cuerpo a cuerpo con todos aquellos duros objetos. Era yo la única que tenía conciencia de la verdad. El mundo iba desintegrándose como una caries que se

extiende progresivamente y va penetrando en los huesos del interior de la boca, sin ya posibilidad de dar marcha atrás. Así lo sentía yo.

Pero no tenía ningún miedo. Al contrario, experimentaba felicidad y entusiasmo al saberme la única persona consciente de aquel secreto.

Me impresionaban sobre todo las chispas que salían despedidas por el extremo del soplete, con su vigor y belleza, mucho mayores que las que yo conocía gracias a la estufa de leña, las lámparas de alcohol y el horno de gas. Era justamente el instante en que las chispas, de un rojo de ilimitada intensidad y tonos azulados que centelleaban aquí y allá, eran escupidas hacia los bloques de hierro, cuando mi pecho se llenaba aún más del presentimiento del certero hundimiento del mundo.

Jamás olvidaban los obreros ponerse una máscara al lanzar fuego desde los sopletes. Se trataba, por supuesto, de máscaras de hierro adaptadas a la redondez del rostro, con la forma curva de una teja, donde solamente el área de los ojos estaba protegida por un material especial translucido. Su aire de misterio encajaba bien con la misión que tenían encomendada aquellos obreros del taller. En cuanto comenzaban a saltar las chispas, ellos se colocaban las máscaras rápidamente, y no constaté ninguna ocasión en que hubiera el más mínimo retraso. El hierro se resistía firmemente y se tornaba

de un rojo de sol poniente sumergido en un mar de chispas, hasta que finalmente, incapaz de aguantar por más tiempo, acababa fundiéndose. Los obreros, con la máscara sobre el rostro y empapados en sudor, se mostraban implacables, volcados en su tarea silenciosamente. Las máscaras, a la vez que les ocultaban el rostro, dejaban ver su auténtico ser. Yo me daba cuenta de eso. Teñidos por el arrebol de la tarde, eran rostros imperturbables a pesar de que les acuciara el calor y se llenaran de limaduras de hierro. Aquella, y no otra, era su esencia.

Un día, a primera hora de una tarde del verano en que acababa de cumplir los once años, mientras regresaba de la piscina, observé que había un hombre sentado distraídamente en uno de los columpios del parque. No fue, de hecho, porque llevara puesto el mono de trabajo por lo que me di cuenta enseguida de que era uno de los obreros de la herrería, sino debido a que su pelo estaba lleno de limaduras de hierro, y lo teñía de aquel color típico del taller.

Dentro del grupo al que se le había encomendado aquella misión secreta, era el de más bajo rango, de modo que aún no se le permitía colocarse la máscara, y su trabajo apenas parecía consistir en otra cosa más que en aguantar los enfados de sus superiores. Además, estaba considerablemente

obeso y, aunque de aspecto fuerte, tenía también cierto aire de torpeza e, incluso visto desde mi inocente punto de vista, parecía carecer de la formación suficiente.

—¿Te ha ocurrido algo?

Aún hoy no entiendo por qué razón le dirigí la palabra en el momento de cruzar el parque. Tal vez fue mi fascinación por la herrería, o el hecho de que el hombre tenía aspecto de encontrarse mal, o por mera curiosidad. Cualquiera que fuese el motivo, antes de darme cuenta, las palabras ya habían salido de mi boca. Aparte de nosotros, no había ni un alma en el parque. La luz del sol bañaba las casas de los alrededores y todo estaba completamente en calma. Incluso las cigarras, que tanto se habían explayado cantando durante la mañana, dejaban ahora descansar sus alas a la sombra de los árboles.

—Me he caído del columpio —respondió.

En su manera de contestar no había ni un atisbo de sorpresa, desconcierto o recelo ante aquella súbita pregunta procedente de una niña. Me trató como si yo hubiera sido una colegiala pariente de él. Paradójicamente, ello me puso un poco nerviosa, ya que, a pesar de que mi intención había sido someter el taller a una vigilancia secreta, un novato me había desenmascarado de un modo lamentable.

—Y, entonces, el pie... —dijo y flexionó la parte superior del cuerpo y se pasó la mano desde la espinilla de la pierna izquierda hasta el tobillo con visible temor.

Di un paso hacia el columpio y, manteniendo la distancia adecuada, le miré el pie. Se había quitado las zapatillas deportivas y bajado los calcetines, por encima de los cuales asomaba, bien hinchado, sin duda, el ya de por sí rollizo tobillo del pie izquierdo, completamente inmóvil en un ángulo fijo. La zona estaba enrojecida y parecía haberle aumentado la temperatura.

—Pero ¿por qué en el columpio...? Quiero decir... Eres un adulto, ¿no?

Mientras se soplabla en el tobillo, haciendo sobresalir sus labios, me respondió:

—Precisamente porque soy adulto he perdido el equilibrio. Empecé a columpiarme de pie, como cuando era niño. Entonces se me ha ido el pie y se me ha debido de torcer de mala manera.

Pensé que, en cualquier caso, no me estaba dando ninguna razón acerca de qué hacía un adulto allí subido en un columpio, pero no le pedí más explicaciones. Lo que estaba claro era que había que hacer algo con ese pie cuanto antes.

Avancé dos pasos más y pude observarlo mejor. Estaba un poco sucio: tenía mugre entre las uñas, y los cinco dedos llenos de pelos; y las venas que le destacaban en el empeine del pie tenían mal aspecto. Además, desprendía un extraño olor.

—Quizás te hayas fracturado el hueso —susurré.

—¿Eh? —exclamó y me miró directamente a la cara.

—O también puede que sea una rotura del tendón de Aquiles...

—¡Uyyyy! —en esta ocasión dejó escapar un grito lastimero de auténtico horror.

Parecía aún más gordo ahora que me había acercado a él. El mentón le quedaba oculto por la carne del cuello, los botones delanteros del mono de trabajo estaban tirantes a más no poder y el obeso trasero se le desparramaba por los lados del columpio. Su rostro bronceado estaba lleno de rasguños por todas partes, resultado de su misma profesión o, tal vez, del momento del percance en el pie. Curiosamente, en contraste con la corpulencia de su cuerpo, aleteaba cierta reminiscencia de la infancia en sus ojos.

—¿Puedes caminar?

Sin fuerza, negó con la cabeza.

—Hace un momento lo he intentado varias veces, pero el dolor no me deja sostenerme. Creo que me va a resultar difícil ponerme en pie.

—Voy a llamar a los de la herrería.

—Hoy no hay nadie. Están de viaje de empresa.

—¿Y por qué no has ido con ellos?

—Tengo que quedarme al teléfono. Perdí al juego de piedra, papel o tijera.

El obrero sopló largamente y bajó su mirada hacia el tobillo, más recalentado todavía debido a los rayos de sol que caían sobre él.

Se me ocurrió pensar si no sería una persona con habitual mala suerte. ¿Hasta cuándo pensaba quedarse así, sentado en el columpio? ¿Confiaba tal vez en que el tobillo fracturado y el tendón de Aquiles dañado se le iban a curar por efecto de la luz del sol? Lo recordé en la herrería, fingiendo estar ocupado con el trabajo.

—Lo que deberías hacer es ir al hospital. En el barrio de al lado hay una clínica traumatológica —propuse—. A no ser que vayamos al hospital, no hay nada que podamos hacer con una fractura del hueso o con el tendón de Aquiles.

Como si la simple mención de las palabras hueso o Aquiles intensificara su dolor, metió la cabeza entre los hombros y sus diminutos ojos parpadearon aplastados por la carne de las mejillas.

—Imposible. No puedo caminar, en absoluto.

—¿Ni un paso?

—No, ni un paso —dijo por primera vez en tono resuelto.

—Vale —tomé una decisión—. Voy a traerte algo que pueda servirte como bastón. Espera un poco.

¿Por qué me volqué tanto en el asunto? Yo misma tampoco podía explicármelo. El caso es que dejé por allí la bolsa

de plástico en la que llevaba el bañador y corrí a casa. Ciertamente era extraño ver la persiana metálica de la herrería bajada y, aunque había pensado que, si me hubiera encontrado a alguien por el camino, le habría pedido ayuda, curiosamente no me crucé con nadie. Mi madre, que tal vez había salido a comprar algo para la cena, tampoco estaba en casa, y la única presencia que había en nuestro hogar, llenándolo, era la luz del verano.

Bastón, bastón, bastón. Un bastón como tenía que ser: largo hasta cierto punto y ni demasiado grueso ni demasiado fino. De pie, en el vestíbulo, miré a mi alrededor, pero, al no ver nada con esa forma, me impacienté. Puesto que no se trataba de una situación de máxima urgencia, era mejor pararse a pensar con calma. No obstante, no podía quitarme de la cabeza la idea de que debía actuar con rapidez.

Claro, ¡un paraguas! Casi resultaba decepcionante la simplicidad de la solución, una vez que hube dado con ella. Escogí, en el armario de los zapatos, el paraguas negro de mi padre, que era el más largo y el que parecía más firme, y me lo llevé corriendo al parque. El obrero me esperaba sin haber cambiado ni un ápice de postura.

—A ver, sujétate a esto —dije, mientras le ofrecía el paraguas y deslizaba mis manos por sus sobacos para contribuir, aunque fuera con un poco de fuerza solamente, a que se pusiera en pie.